Ciclo C

Pobreza

Domingo 6 del tiempo ordinario

Lucas 6, 17.20-26

En aquel tiempo bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano con un grupo grande de discípulos y del pueblo, precedente de toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón. Él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo. Pues de ese modo trataban sus padres a los profetas. «Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto. ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas.

Reflexión

El Evangelio de hoy nos habla de las bienaventuranzas. Son como las condiciones para poder entrar en ese Reino nuevo que Cristo inaugura ya en la tierra. Sobre todo la primera, la de la pobreza, es muy decisiva para ser un cristiano auténtico. Por eso vamos a reflexionar ahora un poco sobre la actitud evangélica de la pobreza.

"Felices los pobres, felices los que tienen alma de pobres, porque de ellos es el Reino de Dios".

No hay entrada para nosotros en el Reino de Dios, si no somos pobres de alma. Porque la pobreza es la primera condición para ser accesible, permeable a Dios. Ella es el punto de partida de la vida cristiana. Si no somos pobres espiritualmente, no estamos en la fe.

Sabemos que la pobreza de alma no es una cuestión del dinero, sino una cuestión del corazón. El hecho de que no se posea dinero, no es de por sí una virtud. Se puede no tener ni un centavo, pero tener la actitud del rico.

Se puede también - si bien raramente - poseer muchos bienes y tener la actitud del pobre.

La pobreza evangélica es una actitud espiritual, y todos somos invitados a ella - prescindiendo de nuestros bolsillos.

El pobre está dispuesto a dejarse poner en duda, dejarse cuestionar por Dios, siempre de nuevo. Él acepta dejarse arrojar de sus posiciones, de sus estructuras, de sus principios, de todo lo que le es propio. Sólo el pobre sale de sí mismo, se pone en

camino. Es el que no se resigna a estar tranquilo, el que acepta ser molestado por la palabra de Dios.

Por eso, Abraham fue el primer pobre, el primer fiel a la voz de Dios, cuando Dios le dijo: *"Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré".*

Abraham escuchó la Palabra de Dios, creyó en ella, abandonó su país, el sitio cómodo donde vivía, dejó sus bienes, sus hábitos, su pasado, y se puso en camino. Y partió, sin saber a donde iba - señal infalible de que estaba en el buen camino, como indica un Padre de la Iglesia.

El pobre se da cuenta de que depende totalmente de Dios. Tiene el sentido de su limitación humana. En el fondo, cada hombre - tal vez sin saberlo - es un pobre.

Y la pobreza material es bienaventurada porque es el signo visible de una pobreza mucho más profunda y universal: nuestra pobreza moral, nuestra fe miserable, nuestro amor raquítico. Todos somos pobres ante Dios, con nuestra culpa, nuestra miseria, nuestra deficiencia - pero no todos lo reconocemos ante Él.

Sólo aquel que conoce y reconoce su debilidad y pequeñez ante Dios, pone toda su confianza en Él, espera todo de Él, busca su protección poderosa. En esa actitud de pobreza espiritual se vacía de sí mismo. Y porque esta abierto y disponible para Dios, hay lugar para la acción divina.

Y cuando ya no tenemos necesidad de Dios, cuando estamos satisfechos de nosotros mismos, de nuestros conocimientos, de nuestras prácticas religiosas, cuando no esperamos ya nada de Dios entonces somos ricos. Creo que no hay pecado mayor que el de no esperar nada de Dios. Porque si no esperamos nada de Dios, es que ya no creemos en Él, es que ya no lo amamos.

El rico cree que puede prescindir de Dios. Pone toda su confianza en sus bienes. Corta todas sus relaciones con la Divina Providencia. Cree que sus riquezas le permiten dejar a Dios. Espera seguir adelante el solo, por sus propios medios, sin tener que recurrir a Dios.

Queridos hermanos nuestra actitud frente a Dios debe ser: una apertura y disponibilidad total e ilimitada. No debemos buscar el camino más fácil, más cómodo, sino el deseo y la voluntad de Dios en todas las situaciones de nuestra vida.

Pidamos, pues, en esta Eucaristía la gracia de tener alma de pobre. Entonces el Reino de Dios será nuestro, para siempre, tal como nos promete el Evangelio de hoy.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt